

De la moralidad en la literatura

I

Se ha fundado un nuevo periódico, el *Gil Blas*, que, después de buscar penosamente su vía, ha obtenido de pronto un gran éxito dedicándose en especial á las historias picantes.

Su caso es de los más sencillos: primero tanteó al público en todo sentido y en todos los tonos; luego, habiendo aventurado algunas de esas bufonadas que constituyeran en otro tiempo el éxito de *La Vida Parisiense*, y viendo que al público le gustaban estos artículos, le ha dado cuantos ha querido de ellos, sin ningún escrúpulo acerca de la calidad ni de la cantidad. Naturalmente, fuera de toda real indignación, los demás periódicos no han visto este éxito con buen ojo. La mayor parte, especialmente los que se fundan con gran trabajo en este momento, y los que, viviendo en la curiosidad pública sienten la necesidad de retener constantemente á los lectores con nuevos cabos, han

dejado ver un soberbio disgusto; algunos de ellos, más diestros, se las han ingeniado, sin cesar en sus gritos, para imitar al *Gil Blas*. Se han visto, pues, pulular por un instante las historias de color subido, los dibujos alegres, en medio de una cólera tan ruidosa como poco convencida. París entero ha parecido presa de un acceso de virtud extraordinario.

Comenzaré por decir que esto no hace el elogio de la prensa ni el elogio del público. Es verdad que el *Gil Blas* no se fundó con la intención formal de trabajar en la basura. Inquieto ante su primer fracaso fué en seguida allí donde le pareció que estaba el éxito. Para mí sus lectores mismos son los que han querido que fuese lo que es. Cuanto á los otros periódicos, tendrían que hacer un terrible examen de conciencia antes de caer tan rudamente sobre el recién nacido y denunciarle á la justicia como un pelado y un sarnoso del cual surge todo el mal.

Esto hace pensar en el modo de ser de la prensa contemporánea. Siento amor por la prensa, la creo una herramienta poderosa de los tiempos modernos; pero se ha de convenir en que junto á su excelente tarea de información cotidiana es terriblemente vil con los suscriptores.

En toda evolución, hay también una parte de desastre. ¿Dónde está el periódico que se niega á seguir á la multitud en sus apetitos? Hasta se puede decir que un periódico no existe sino por las pasiones de su público especial. Las hojas de á cinco céntimos viven de la estupidez de las clases ignorantes que las devoran; es necesario haber

asistido á la confección de una de esas hojas, con frecuencia fabricadas por hombres muy inteligentes, que emplean su destreza en ser brutos, olfateando, apartando el alimento demasiado delicado ó demasiado substancial, coleccionando solamente los hechos vulgares, los *vaudevilles* y los melodramas. Es una especulación franca con la sensibilidad de los porteros y la buena fe de los ignorantes que creen instruirse.

A continuación véanse las hojas mundanas, esas hojas del bulevar fundadas en las malsanas curiosidades de la época, en la necesidad de información inmediata que experimentamos hasta, debiera decir sobre todo, en las cosas que á nosotros se refieren. Inútil es insistir, esas hojas han sido una verdadera escuela de desorganización pública.

*

* *

¿Y si pasase al lado financiero?

Nadie ignora que los periódicos que se declaran defensores de la moral, están en su mayor parte vendidos á compañías financieras, emboscadas en la tercera ó cuarta página, despojando á los sencillos lectores que en ellas se aventuran. Son ladroneras más ó menos discretas, el robo organizado, chanchullos innumerables, mentiras impresas en gruesos caracteres y en gruesos números que enganchan públicamente al mundo. ¡Cuántos negocios ilegales implantados, cuántas familias arruinadas, por haber dado crédito al boletín financie-

ro de un periódico cuya primera causa defiende la propiedad y los buenos principios en bellas frases!

Piénsese, en fin, en la parte política: un periódico no es más que el arma peligrosa de la ambición de un hombre ó un tráfico desvergonzado con las pasiones de un partido; se zarandea allí, al público que se halaga y se atiborra con lo que se sabe debe agradarle. Hay allí una explotación despiadada y que impulsa á las catástrofes, con el fin perfectamente egoísta de hacer fortuna ó de elevarse al poder.

Aplanamiento en todas partes y en todo ante el suscriptor, he ahí en suma la actitud universal de la prensa. Se habla de la verdad, y hay seguramente periodistas convencidos; pero siempre impera el negocio, en medio de la baraúnda de opiniones contrarias.

Más aun; tengo amor á la prensa, y no pienso hacer aquí el proceso suyo. Puede en ocasiones pervertir su tarea; sin embargo, no deja de hacer una tarea necesaria y útil. Quiero solamente llegar á esto: viviendo de las pasiones del público, comerciando con la estupidez, la afición al juego y al dinero, los robos de unos y la ambición de otros, hace mal efecto al indignarse y reprender cuando un colega conquista algún éxito explotando la picardía del público. ¡Diantre! es una especialidad como cualquiera otra, y encuéntrola mucho menos peligrosa que la especialidad financiera, que despoja á las gentes, y que la especialidad política, que escamotea las provincias. Obsérvese que un periódico como el *Gil Blas* no engaña absoluta-

mente á nadie; es conocido, los que lo compran saben lo que en él van á encontrar; mientras que hay un continuo engaño en las celadas de la política y financieras, donde los lectores de buena fe penetran á ciegas siempre. Además, con franqueza, ¿se desmoronará la sociedad porque un periódico haga una nueva versión de los cuentos de Boccaccio y de Brantôme? Ello no pasa de ser agradable, cuando el cuento está bien escrito; y si es grosero, un poco de silencio basta para hacer justicia.

Hablando francamente, nuestros padres eran más despreocupados y tolerantes. ¿No causa estupor esa cruzada brusca de la prensa contra lo que llama á boca llena obscenidad? Ha descubierto que en la obscenidad está hoy el peligro, que la sociedad está perdida si no se declara una guerra á muerte á la literatura obscena.

Pero ¿dónde diablos ven ustedes esa obscenidad? Reventamos, por el contrario, de falsa virtud y de falso pudor. En estos momentos, en el punto en que nos encontramos de la evolución científica, cuando tan poderosos agentes trabajan los pueblos y los transforman, ponerse frente á periodiquillo y declarar que sus cuentos alegres nos ponen en peligro, me parece tan ridículo y tan imbécil como el mecánico que en una locomotora lanzada á todo vapor, se asustara y creyese el tren hecho añicos al ver de pronto una pulga saltando sobre su máquina.

Sí, reventamos de tartufismo. Una nación es como una mujer que pasa por el impudor sencillo de la infancia, por la reserva de la juventud, y que

llega por fin á la hipócrita rigidez de la edad madura. Léase nuestra historia; se encontrarán claramente esas tres edades en nuestras costumbres y en la literatura nuestra.

No insistiré sobre las costumbres: el fondo vicioso está siempre ahí, es la naturaleza humana misma; pero, según las épocas, hay más ó menos franqueza en la satisfacción de las necesidades naturales. Nuestros padres vivían más libremente. Era aquélla una grosería bonachona y sopriente; ó al menos su modo de ser nos parece tal, hoy que una larga educación de pudor nos ha hecho más finos.

Quiero hablar aquí particularmente de la literatura, de la expresión escrita de las costumbres. Véase todo el siglo xv y todo el xvi: los asuntos son libres, el escritor no retrocede nunca ante la palabra. Se encuentra una lengua copiosa, que no oculta nada al hombre, que llama á las cosas por su nombre, y esto hasta el punto de que sería imposible citar ciertas páginas de los autores más leídos de la época.

Pero en las obras dramáticas es donde se encuentran los ejemplos más característicos de esa libertad; sabido es con qué cuidado se evita hoy la menor palabra equívoca, por miedo á los silbidos; hace trescientos años la comedia hacía uso de todas las licencias, llevaba hasta el fin los encuentros amorosos, sin escasear los actos ni los términos. Era aquello, volviendo á mi comparación, el impudor sencillo de la infancia, en nuestra naciente sociedad.

Luego, con el siglo de Luis XIV, vino la reser-

va de la juventud. Molière tiene aún á veces una franqueza y una claridad de lenguaje que hoy nos choca; pero las cosas no van más allá de la palabra, y aun la palabra es rara y simplemente tolerada en el género cómico.

Llega en seguida el siglo xviii, de un vicio tan refinado, tan aficionado á la gracia y la elegancia de la frase, y cuya retórica tan lindamente descubre las desnudeces; la hipocresía de la edad madura comienza, y con ella la ciencia de permitírselo todo en estilo estudiado, expurgado.

Y llegamos así á nuestra época de protestantismo, al pudor exagerado de las viejas solteronas que ocultan sus cabellos. Las palabras nos asustan más aún que las cosas. Somos como personas cansadas de vivir, podridas de desorden, viendo una alusión y un ataque personal en toda palabra franca y enérgica. Los borrachos no hablan del vino ni quieren que se hable de él ante ellos.

Una reflexión que me ha sorprendido mucho es que el romanticismo, en sus audacias de lenguaje, siempre retrocedió ante la palabra verdadera. Puesto que tenía la pretensión de unirse al siglo xvi, por encima del largo período clásico, de remontarse al genio nacional, de tomar de su fuente el verdor y la riqueza del viejo lenguaje, ¿por qué se contentó con el penacho, con la frase lírica y sonora, con esa oleada de imágenes que desborda en los poetas, sin nunca recurrir á la palabra propia, á la franqueza y la fuerte sencillez de la expresión?

Ocurre esto sencillamente porque el romanticismo, á pesar de sus apariencias de mosquetero y

su declarado horror del burgués, no es en realidad más que un hijo de nuestra edad pudibunda y miedosa. Vió el siglo xvi en plena leyenda de melodrama, y nos lo devolvió en un cortejo de martes de carnaval, no yendo más allá de la audacia del traje, no cuidándose de penetrar bajo la carne y darnos aquella hermosa infancia tan libre y tan varonil de nuestra sociedad.

En mi concepto, el romanticismo expurgó al siglo xvi para uso de las lectoras y las espectadoras de 1830. Estaba demasiado en la plena fantasía para fijarse en las verdades y las energías de la lengua. Teófilo Gautier no hizo más que protestar contra la hipocresía literaria en su *Señorita de Maupin*; personalmente, refinó aún la metáfora y la perifrasis, sin atreverse á repetir las palabras de nuestros viejos autores. Para que se hiciera tal tentativa, para que un novelista se atreviese á tratar de devolver algo de su claridad viril á nuestra lengua, era necesario esperar á que el movimiento naturalista se produjese y diera á los escritores la verdad por base y el método por útil.

Sería un estudio en extremo interesante el de esta larga educación del pudor. Hemos llegado á colocar todo el pudor en un punto; y cuando este punto está oculto, ó se deja pasar simplemente en silencio, todo va bien, la moral se ha salvado. Esto recuerda la sencillez del avestruz que se creía invisible después de colocar la cabeza detrás del guijarro. Nosotros ocultamos el sexo; una hoja de parra basta en ocasiones; á veces hasta una oblea; desde ese momento, en cuanto el sexo está suprimido, podemos enseñarlo todo, las enferme-

dades de los miembros, las llagas del pecho, los granos del rostro. Se miente, se roba, se mata á cara descubierta; pero el que amase al aire libre sería silbado y lapidado.

¿Cómo el honor ha acabado por refugiarse ahí? ¿Cómo el novelista, que puede contar un asesinato en sus circunstancias más horribles, no puede pintar la unión de dos esposos sin verse entregado al disgusto de las gentes honradas y á la severidad de la justicia? ¿Es según eso más propio y menos vergonzoso el asesinato que el acto de la generación? ¿Es según eso más conveniente dar muerte á un ser que hacer una criatura?

No comprendo esto. Obsérvese que en la antigüedad los pueblos niños, crecidos al sol, paseaban y los besaban devotamente. Fué necesaria la idea cristiana de la indignidad del cuerpo para tomar el sexo vergonzoso y poner la perfección moral en la castidad.

El hombre no fué ya hecho para reproducirse, sino para morir. Se predicó la muerte de todo, se pusieron la dicha y el poder fuera del mundo. De ahí nuestras generaciones que tiemblan, que se ocultan, que consienten en comer en público, pero no se reproducen á la luz del sol, que han hecho, en una palabra, de los órganos que perpetúan la raza una vergüenza de la cual no se quiere hablar, aún cuando de ella se abuse hasta la ruina y la muerte.

No tengo intención de filosofar, de averiguar si el pudor es un sentimiento natural ó un sentimiento de educación. Me admiro y deploro sencillamente como escritor que el estudio del sexo, en sus

verdades fisiológicas, nos esté prohibido como una podredumbre casi infamante.

Otro hecho que á menudo me sorprende es la influencia cada vez mayor del protestantismo en nuestras costumbres, en política y en literatura.

Los doctrinarios, los dogmáticos, los pudibundos, no son sino protestantes más ó menos declarados; y tenemos ahí un ejemplo bien característico de una época que, en sus comienzos, nos hizo avanzar en un paso hacia la libertad y la verdad, pero que, desde entonces, se convirtió en un terrible obstáculo á nuestra marcha, cortando el camino y obstinándose en una completa inmovilidad.

Hoy, los protestantes, esos revolucionarios, esos liberales de otro tiempo, son los peores reaccionarios que conozco, metidos en el dogma como postes, llamándose los únicos defensores de lo bueno y lo verdadero, tapándose los ojos y el oído ante las nuevas soluciones de las ciencias.

Por otra parte, tal es la suerte de todas las religiones: comienzan por un grito de libertad, y en seguida se encierran fatalmente en la negación de lo que pueda destruirlas.

Sólo la ciencia marcha de lo conocido á lo desconocido, siendo bastante franca para corregir constantemente sus errores y apropiarse todas las nuevas verdades.

En nuestros días, el protestantismo se ha hecho, pues, en moral y en literatura, un espantajo mucho más molesto que el catolicismo; nos entenderemos con un católico, pero desafío á un artista á que esté en buena armonía con un protestante. Hay entre ambos una antipatía de cerebros.

Nosotros, los novelistas naturalistas, observadores y experimentadores, analistas y anatomistas, estamos sobre todo en guerra abierta con el protestantismo, por nuestra continua investigación, que perjudica á los dogmas y á los principios, que va más allá de los axiomas morales. Ahí está nuestro enemigo. Le siento desde hace mucho tiempo.

En resumen, tal es la situación á la hora presente. Nuestro siglo tiene una larga educación de pudor, que le hace tanto más hipócrita cuanto más civilizados son sus vicios. Se hace la cosa, pero no se ríe con ella; ocasiona rubor y se hace á escondidas. Consistiendo la moral en ocultar el sexo, el sexo se ha declarado infame. Se ha formado así una verdadera actitud pública, conveniencias, toda una política social que ha reemplazado á la idea de virtud. Esta evolución ha procedido por el silencio; hay cosas de las cuales resulta inconveniente hablar; he ahí todo; de tal manera que el hombre distinguido, el hombre honrado, es el que hace las cosas sin hablar de ellas, mientras que el que de ellas habla sin hacerlas, como ciertos novelistas que conozco, son tratados de gentes podridas y á diario arrastrados por el arroyo.

Se toleran las verdades á los sabios, por la sencilla razón de que nadie se ocupa de los sabios; pero si un escritor toma las recientes verdades de la ciencia y se atreve á utilizarlas en el análisis y la pintura de sus personajes, rompe el contrato de silencio ultimado con los miembros de nuestra sociedad, se aparta de la idea convenida de la virtud

y pasa al estado de enemigo público, contra el cual todo está autorizado.

Pues bien, esta situación que nos crea paréceme intolerable. Creo que ha llegado sobradamente la hora de discutir y resolver la cuestión de la obscenidad en la literatura.

¿Qué es, pues, la obscenidad y dónde está?

El momento es á propósito para decirlo, porque la aventura de *Gil Blas* ha venido á sentar la cuestión, exaltando á los hipócritas que se han apresurado á embrollarlo todo y á emitir las más extrañas opiniones.

II

Comencemos por analizar el caso del *Gil Blas*.

He explicado cómo este periódico, en busca del éxito á toda costa, lo que es la característica de nuestra edad, había sentido que al público le gustaban sus ensayos, tímidos al principio, de historias picarescas, y se decidió en breve á no darle más que esta golosina, abiertamente, sin el menor escrúpulo. He dicho también que el *Gil Blas* ni siquiera tenía el mérito de haber inventado esta especulación de los instintos alegres de los lectores, pues *La Vida Parisiense* había publicado antes que él una serie de cuentos muy libres.

En todo este tiempo, esta literatura atrevida fué muy del agrado de los franceses. Pasa de nuestros viejos noveladores, de Brantôme y Rabelais, á los novelistas del siglo XVIII, Crébillon y los demás, pasando por La Fontaine. Por consiguiente, es clásico en el buen sentido de la palabra, forma parte de nuestro genio nacional, no podemos renegar de ella sin amputarnos. La cuestión del talento es sola la que falta examinar.

*
* *

Para mí, la cuestión del talento lo zanja todo

en literatura. No sé qué se entiende por escritor moral y escritor inmoral; pero sé muy bien lo que es un autor que tiene talento y un autor que no lo tiene. Y cuando un autor tiene talento, creo que todo le está permitido. Véase la historia. En Francia, todo se lo permitimos á Rabelais, como en Inglaterra permitiósele todo á Shakespeare. Una página bien escrita tiene su moralidad propia, que está en su belleza, en la intensidad de su vida y de su acento. Es imbécil querer someterla á mundanas conveniencias, á una virtud de educación y de moda. Para mí, no hay más obras obscenas que las mal pensadas y mal ejecutadas.

Por ejemplo, ahí está el *Gil Blas*. Lo he leído por espacio de algunos meses con atención; las historias picarescas me producen gran placer, el placer puramente literario que siento leyendo un cuento de La Fontaine; mientras que me indignaron otras historias, cuyos asuntos eran no obstante parecidos.

Y nada tan sencillo de explicar: las primeras tenían por autores á escritores de talento, mientras que las segundas estaban perpetradas por periodistas útiles para todo, que trabajan en el vicio ó en la virtud por encargo.

El delito mayor del *Gil Blas* consiste en imitar á Boccacio, Brantôme y La Fontaine sin genio; necesitaría como redactores á Boccacio, Brantôme y La Fontaine mismos; y los periódicos virtuosos harían entonces muy mal papel denunciándole á la justicia, porque lo que enviarían á la prisión correccional sería todo un aspecto de nuestra literatura.

Esta cuestión de la forma es tan importantísima, que nunca se injurió á la *Vida Parisiense* con tal pasión, porque, justamente, los cuentos alegres de aquel periódico estaban escritos con más fineza y encanto. La picardía mal hecha, sin alegría ó sin gracia, no es más que un excremento odioso é inaceptable.

Falta juzgar la especulación en sí misma.

*
* *

He podido admirarme de que ciertos periódicos, que trafican con los apetitos menos nobles y más peligrosos del público, se indignasen tan vivamente contra un colega que hace negocio halagando la picardía de la multitud. Pero esto no quiere decir en manera alguna que defienda á dicho periódico; hasta encuentro que su marcha es bastante sucia, tanto más cuanto que por cada cuento agradable se encuentran allí veinte completamente innobles. Sólo que es necesario establecer, según he tratado de hacerlo, que el *Gil Blas*, con sus picardías, no causa más daño á la sociedad que ciertos periódicos políticos y ciertos periódicos financieros con las catástrofes de sangre y de dinero que nos preparan.

Insisto, porque la verdad absoluta está ahí. Se grita que el cuento alegre debe ocultarse en el libro y no repartirse en hojas al público. En primer lugar, el libro queda, mientras que la hoja desaparece. En segundo término, hay muchas cosas que

debieran quedarse en los libros: las declamaciones de partido que pudren la nación, toda la ola de estupideces y de tunantadas que deshonran la prensa, cuyo papel principal es ser el instrumento más poderoso de nuestra información universal. Su verdadera tarea no está en otra parte, y los que la tienen cariño, los que la aceptan como el útil de la época, se entristecen teniendo que hacer en ella tanto sitio á sus tanteos y á sus errores.

¡Cuánta fuerza perdida! Rechazáis la literatura de la prensa, llenáis al público de política durante diez años; es natural que se divierta y procure un éxito á las picardías del *Gil Blas*. La boga de los cuentos picantes, que atribuíis al naturalismo, lo que en breve examinaremos, viene por el contrario, en mi concepto, de lo profundamente cansados que están ya los lectores de agitarse en el círculo estrecho de la polémica de los partidos y de la necesidad irresistible que experimentan al fin de reír, de mostrarse alegres, bellos, jóvenes, amantes. Por poco que impongáis aún á Francia vuestras disputas, vuestras ambiciones, vuestra fraseología parlamentaria, vuestros artículos pesados y mal escritos, esta indigestión de política que mata al público, veremos ciertamente cualquier día á las mujeres y los hombres cogerse de las manos y ponerse á bailar en las calles, locos de fastidio, resueltos á distraerse de cualquier modo y en cualquier parte.

Estudiemos ahora la obscenidad en la literatura.

Es esta una expresión vaga, que se aplica á la ventura y que es necesario definir.

Nada más distinto como espíritu y como fin

que las obras tratadas de obscenas, en montón, sin distinción ninguna. Así es como críticos dotados de una singular clarividencia me acusan de ser el verdadero padre del *Gil Blas*, nacido según ellos de las crudezas de *Naná* y de *La Taberna*. Lo cual es un ejemplo sorprendente de la confusión en que nos encontramos en materia de literatura. Se suprime Boccaccio, se suprime Brantôme, se suprime Pirón, y no se parece dudar ni un solo instante de que mis obras, por desnudas que puedan ser, salen del anfiteatro y no de las alcobas galantes. Es necesario, pues, remontarse á las fuentes y tratar de hacer la mayor luz posible. Analicemos las obras, tratemos de clasificarlas lógicamente.

*

* *

Entre nosotros, según he dicho, el cuento alegre es un fruto del suelo. Brotó antes de refinarse el género en Italia. Se le encuentra en los balbuces de nuestra literatura, y su carácter es entonces una grosería de una bonachonería jovial. Las palabras son crudas, la picardía es enorme, se siente pasar por allí la sonora risa del público comodón, fácil de divertir. Las señoras de la época se reían de buena gana con ciertas crudas historias que hoy no nos atreveríamos á contar entre hombres.

Luego, después de las anécdotas de Brantôme de tan bella tranquilidad sencilla en su desnudez,

La Fontaine continúa haciendo cuentos picarescos, que viste con su gracia y su malicia; á partir de tal momento, las crudezas desaparecen, la picardía se apura por la indirecta, el siglo de Luis XIV deja caer un extremo de su púrpura sobre el cinturón de Priapo.

En el fondo de todo movimiento literario, hay simplemente una evolución social. Todavía se ve esto cuando, en el siglo XVIII, la literatura alegre se transforma de nuevo y ocupa un lugar tan marcado, tan decisivo. No puedo escribir una historia completa de esta literatura, historia de grandísima utilidad no obstante, y que un crítico joven y atrevido debiera darnos, porque habría allí una contestación á las acusaciones de inmoralidad con que se persigue al naturalismo, mostrando el abismo que hay entre los cuentistas picarescos, que proceden de la fantasía, y nosotros, que procedemos de la ciencia.

Así, pues, he ahí un filón de nuestra literatura, explotado en todas las épocas, y sólo con las diferencias impuestas por el medio social. Muy libre en el siglo XV y en el XVI, expurgada y de un encanto exquisito en el XVII, desbordando y acabando en ferocidad en el XVIII, el cuento ó la novela calificado por la crítica de obsceno, ha dado algunas obras maestras á nuestra lengua, en medio de un montón de medianías y basuras caídas en el olvido. Al principio son simplemente anécdotas sobre maridos engañados, sobre mujeres demasiado ardientes; la imaginación de los cuentistas no es fértil, el mismo asunto y los mismos recursos son utilizados constantemente. Más ade-

lante, en vano se afina el género, no se ensancha mucho. La observación es nula, reaparecen sin cesar los mismos chistes de almanaque; se ha de llegar al siglo XVIII para encontrar pinturas de costumbres desarrolladas.

Insisto, porque hay ahí un género perfectamente distinto, que tiene su lugar bien determinado en nuestra historia literaria y que no se ha de confundir con ningún otro, so pena de embrollarlo todo y de no ser justo.

Este género ofrece los caracteres; no tiene la ambición de observar, ni de pintar, ni de decir la verdad acerca de un hecho ó de un ser; quiere divertir, nada más; es un pasatiempo, un recreo cuyo asomo de fruto prohibido le hace aún más sabroso. Cuando es tratado con talento, se hace un manjar muy fino, que puede prohibirse á las señoritas, pero es un festín para los espíritus cultos. Si es contado sin talento, sin sencillez ó sin malicia, sin el encanto de un estilo personal, no es más que una basura, que en el desprecio de los lectores tiene lo que merece.

Tal es el caso del *Gil Blas*, lo repito: agradable, cuando publica la amable picardía de un periodista de ingenio; completamente innoble cuando el artículo es de un constructor de prosa, que hace de encargo cualquier imitación mal hecha de Boccaccio ó de Brantôme.

Por otra parte, la especulación ha existido, si no en todo tiempo, al menos á partir del siglo XVIII.

*
* *

Nadie, supongo, acusa á Brantôme de haber especulado con la picardía de su época. Parece haber escrito muy sencillamente sobre hechos de los cuales hablaba todo el mundo sin ruborizarse; y no se le ve haciéndose imprimir en Bélgica, repartiéndole sus libros en secreto.

Lo propio puede decirse de La Fontaine. Había en él un gusto literario, rimaba sus cuentos por puro placer, sin la idea de cosquillar á sus contemporáneas ni de hacer dinero con el vicio.

Podemos hablar en el mismo sentido de Pirón, del cual la estupidez de la crítica charlatana ha hecho el tipo del autor obsceno; Pirón tenía sencillamente en las venas mucha de la sangre de nuestros cuentistas picarescos; reía sonoramente, como borgoñón que no se intimida ante las bellas ni ante el vino, pero era un temperamento, no un fabricante en frío de porquerías clandestinas.

Pero es verdad que junto á los escritores de talento que obedecían á su naturaleza algunos especuladores acabaron por producirse, sobre todo cuando la hipocresía se declaró en nuestra sociedad cada vez más civilizada. Es la historia eterna: desde el momento en que las picardías demasiado sucias hicieron enrojecer, se escupieron y se traficó en ellas; hasta tomaron un acento tanto más vivo y perturbador cuanto más en secreto, con el goce del pecado, fueron leídas. Y se volvió á la grosería del siglo xv; se fué más lejos aún, se amontonaron las palabras crudas, las palabras que

sólo Rabelais se permitiera. Puesto que se ocultaba, puesto que el volumen no estaba destinado á la libre circulación, toda reserva se hacía inútil, y los autores se condujeron en el libro como se obra en una alcoba, con las cortinas corridas. En esta época fué cuando Bélgica se inundó y un vastísimo comercio de volúmenes puercos se estableció en el país vecino y en el nuestro. He ahí la infección, la verdadera y única literatura obscena que es necesario reprimir y condenar. Es aún más estúpida que peligrosa, porque nunca pervirtió á nadie; da náuseas á todo lector que goce de buena salud, no halaga más que la perversión enfermiza de los viciosos. En una sociedad, como la nuestra, muy refinada, de una hipocresía sabia y gobernada por conveniencias, me parece ser desgraciadamente una llaga incurable, como la misma prostitución.

Y no sólo es un libro infame aquel que el autor no puede ofrecer al comercio abiertamente y que se vende á escondidas. Después de éste hay el libro discreto, construido con prudencia para los escaparates de las librerías. La palabra cruda es en él evitada, el vicio conserva una gasa bajo la cual aparece más seductor. Es una excitación á todos los sueños voluptuosos, á las semiindiscreciones que dan la inmediata necesidad de conocer el resto, mentiras sobre el amor que turban los corazones y las cabezas. Estos libros, que se encuentran en todas partes, son en concepto mío mucho más peligrosos que los volúmenes declaradamente puercos, que se venden caros y no pueden adquirirse fácilmente; seducen, mientras que los